

UNA IMITACION DE FERNÁN CABALLERO

Don Ricardo Carrasquilla era un devoto admirador y un profundo conocedor de Bossuet. Cuéntase que en una ocasión, habiendo oído la lectura de un elocuentísimo trozo sobre la Sagrada Eucaristía, de labios de su hijo mayor —entonces un niño, hoy uno de los hombres más importantes de Suramérica,— exclamó entusiasmado, sin saber quién fuese el autor de tan hermoso discurso:

—¡Hijo, eso es de Bossuet, pero no está en las obras!

—No es de Bossuet, padre, sino de San Juan Crisóstomo, su maestro— respondió el futuro seguidor de estos dos grandes oradores.

Cosa semejante podría decirse hoy del cuento titulado *Trabajo vence fortuna*, de la colección *Historias y cuentos para los estudiantes del Colegio del Rosario*, compilados por R. M. C.: “Eso es de Fernán Caballero, pero no está en las obras,” que sólo la respuesta sería inversa, porque la historieta no es del maestro —o maestra,— sino de un discípulo.

En literatura, sin caer en el vicio del plagio, que consiste en copiar o traducir como lo haría un notario o un intérprete, podemos imitar a los que nos precedieron, de dos maneras principales:

Bien sea tomando su espíritu en general y sus procedimientos, y adaptándolos a nuestro asunto, al plan que nos guíe, a la intención que nos proponamos, en una palabra, a todas las circunstancias que nos rodeen, tal como ellos los acomodaron a las circunstancias en que se encontraron, a su tema y a sus propósitos;

Bien escogiendo un derrotero y un asunto que se plieguen a ese mismo espíritu y a esos mismos procedimientos, conservados ahora intactos.

De lo primero nos presenta ejemplo el padre Mariana, que escribió en un estilo semejante al de Tito Livio, y con igual sistema de crítica, una *Historia general de*

España, para los españoles y para el siglo XVII, lo mismo que el clásico latino compuso sus *Décadas de la historia romana*, para los romanos, y en armonía perfecta con su tiempo.

El *Gil Blas de Santillana*, de Lesage, es ejemplo de lo segundo, ya que el héroe, el teatro de sus aventuras, y las aventuras mismas, son tan españoles, que durante mucho tiempo se les tuvo por primeros hermanos de *Guzmán de Alfarache* y *El Lazarillo de Tormes*.

Entre estos colores característicos caben infinitas medias tintas, y fuera de ellos se encuentran innumerables matices.

Virgilio, en su *Eneida*, con un asunto más bien opuesto al de la *Iliada* de Homero, nos recuerda a veces con tanta fuerza al poeta griego, que sus frases parecen traducidas, y sin embargo, al volver la página, se nos presenta tan romano como el viejo Catón.

Los trágicos franceses de la época de Luis XIV llevaron a escena los mismos temas que Eurípides y Sófocles, y con todo, sus personajes no son sino cortesanos de la Francia de entonces, y en manera alguna héroes antiguos.

En Gutiérrez González tiene Colombia un poeta verdaderamente virgiliano, que cantó la agricultura, no sólo de su patria, sino de su provincia; pero ni el método de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* es el de las *Geórgicas*, ni siquiera se halla en este poema una metáfora o un epíteto parecido a los usuales en el escritor latino.

El señor don Alvar Escudero tomó una corta narración de la egregia novelista llamada en la sociedad de sus amigos, doña Cecilia Boehl de Faber, y en el mundo de las letras, Fernán Caballero, y la parodió, o mejor dicho, le puso segunda parte, con tan grande habilidad, que no parece sino que ambos cuentos fuesen de la misma pluma. Sin necesidad de repetir las locuciones ni los términos de Fernán, guarda don Alvar idéntico su lenguaje, intercalando refranes distintos, pero

igualmente oportunos y locales, por ejemplo: *Hijos, del lobo un pelo*; *El ahogado, de un espino se ase*, paralelos a *Dineros prestados, brazos quebrados*, de *Doña Fortuna* y *Don Dinero*.

Estableciendo comparaciones en todo de un tenor con las de su modelo, verbigracia:

“Una mañana tropezó Pablo con un mendigo astroso, con más barbas que un capuchino, grises como tarde invernal, revueltas como bardal, y sucias como conciencia de galeote.”

Rival de:

“Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas.” (*Doña Fortuna* y *Don Dinero*).

Haciendo descripciones tan atropelladas y significativas como ésta:

“Era un hombrón como una torre, recio como caji-ga montuna, de enmarañado cabello y barba. Vestía una camiseta sin mangas, que dejaba al desnudo unos brazos como los del Hércules Farnesio y el arranque de un pecho prominente y velludo; calzones rodilleros, medias grises, alpargatas de cáñamo entre un par de abarcones de tarugos. Faja encarnada en la cintura, al hombro una barra de media arroba, una pala, un azadón. El rostro estaba tiznado, la voz era bronca, y sudaba el tío aquél como si estuviera en lo recio del verano.”

Digna de figurar junto a la que sigue, tomada del legítimo Fernán Caballero:

“Era Don Dinero un gordote rechoncho, con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatitas de papel de la gran fábrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona sin fe ni ley, muy mala rata, y más ciega que un topo.”

Finalmente, charlando de ese modo tan andaluz en los medios de expresión, y sobre todo en los epítetos, que se advierte por todo el cuento.

Pero lo mejor del caso es que ese don Alvar Escudero, que parece no haber salido nunca de la ubérrima provincia cuyas mujeres son las más graciosas de Europa y cuyas uvas producen los más deliciosos vinos españoles, es un bogotano de pura cepa; es el mismo compilador de la colección a que pertenece la historia que nos ocupa, como él mismo lo declara en el prólogo; es el orador que ha llegado tantas veces a lo sublime, al ensalzar las verdades de la Religión, las más excelsas figuras de la Iglesia y las glorias más puras de la patria; es el sabio y bondadoso doctor Carrasquilla, rector del claustro más ilustre del Nuevo Mundo.

J. M. RESTREPO MILLAN

LA CIUDAD SITIADA

(DE LONGFELLOW)

Dice así una leyenda
Que hallé en un libro, peregrina y vaga:
“De pálidos espectros hueste horrenda
Sitia de noche a la ciudad de Praga.

“De corriente impetuosa
A un lado y a otro lado cual visiones,
Vénse a la luz de luna silenciosa
De la Muerte las hórridas legiones.

“Entre ellas que cual brumas
En la ribera de la mar blanquean,
Gimen entre el hervor de las espumas
Las aguas que rodando se golpean.

“No se oye más sonido,
Ni del tambor los destemplados sonos.
Cual nubes que se chocan sin ruido,
Se chocan en el aire los pendones.